

Repentinamente se descubría, desde gran parte de la accidentada ciudad, multitud de luces que iban recorriendo la ladera de la montaña, y sí, como sucedía, muchas personas se trasladaban allí llevadas de la novedad del espectáculo, se encontraban con una solemne y numerosa procesión, compuesta de infinidad de niños que llevaban, muy seriamente, sus velas de cera en la mano, presididos por los niños eclesiásticos que conducían bajo pálio, ya una sonriente imagen de la Virgen María, ó bien la custodia de plata legítima, con su hostia de legítimo pan.

Las principales festividades del año tenían allí su correspondiente solemnidad. En Corpus, el *Corpus*; en Navidad, los carros; en la Asunción, el Rosario de la Aurora, y jamás faltaba la noche del domingo primero de Noviembre la procesión de Nuestra Señora de Guanajuato; pero en la mañana había habido su Misa: un Preste de 15 años con los diáconos de 13, y su predicador de 17; á veces su tercia, y lo que es en el jubileo circular, jamás faltaba su nocturno.

Aquel juego era un verdadero estudio de rúbricas, de oratoria y de piedad.

Y también de celo y de devoción.

Lucio Marmolejo era el alma de todo aquello.

Pero llegó el día en que Tejada y Orta, y Rocha y Antrillón y Valle se fueron al Seminario de León, y el Sr. Obispo Marmolejo, que alguna vez había sido el Emmo. Cardenal, se encontró sólo.

Non est bonum hominem esse solum.

En unas vacaciones en que los individuos de su clero volvieron á Guanajuato, Marmolejo había dejado los hábitos (los había colgado, según la expresión consagrada de las aulas) y usaba en vez de sotana el clásico frac, en vez de cilicio, cadena de reloj, y en vez de acanalado, sombrero de copa, y estudiaba derecho civil en el Colegio del Estado.

Concluyó con lucimiento la carrera del foro; pero *¡quantus mutatus ab illo!* En vez de predicar sermones ocupaba la tribuna el 16 de Septiembre, y más adelante los días 5 de Mayo, y ¡quién lo diría! hasta el 5 de Febrero en los aniversarios de la Constitución de 57.

Las ideas liberales habían logrado penetrar en su inteligencia.

No es decir esto que el Señor Marmolejo haya sido nunca hereje. Hoy no se puede profesar aquellas creencias sin incurrir en esta nota; pero antes de la Encíclica *Cuanta Cura* y del salvador *Syllabus* de Pio IX, se podía ser liberal sin separarse de la Iglesia. ¡Cómo Bossuet pudo creer que el Papa no era infalible, y cómo se pudieron tener las ideas de Bossuet hasta la víspera de la declaración dogmática del Vaticano!

Así el gran Lacordaire pudo decir que *quería morir como cristiano penitente y como liberal impenitente*; así el abate Le Noir pudo sentarse en los mismos bancos que Victor Hugo.

Por un error de las inteligencias, que hoy no se concibe siquiera, pudo creerse, de buena fé, que el Catolicismo era compatible con las teorías modernas, y Montalembert, y Balmes, y Ventura Raúlica y otras inteligencias verdaderamente grandes deslizándose en estos errores, vinieron á probar una vez más, que ni el talento ni el genio tienen el privilegio de la verdad, y á demostrar la necesidad, aún filosóficamente hablando, de que se levante en la mitad del mundo la Cátedra de Pedro como infalible centro de unidad.

No, no se puede culpar al Señor Marmolejo por haber abrazado unas ideas cuya creencia entonces todavía era libre, y á las cuales estaban adheridas en aquella época aún eminencias del clero mexicano, cuyos nombres no creemos que sería prudente recordar ahora.

San Cipriano fué Santo defendiendo la rebaptización y hoy no se podría ser de la opinión de San Cipriano, sin incurrir en la nota de herejía; Gerson es llamado, con justicia, el Santo Tomás de la Mística, y el que hoy sostuviera las ideas que virtió Gerson en el Concilio de Constanza, quedaba por el mismo hecho separado de la Iglesia Católica.

Mientras una creencia puede ser profesada ó combatida libremente, mientras la Santa Sede no ha pronunciado su fallo ¿por qué tener á mal que se profese, se sostenga y se defienda?

Lo repetimos; con ciertas salvedades, con ciertas restric-

ciones, con ciertas distinciones, se podía en aquella época, no ser liberal puro, pero sí ser católico liberal.

El Señor Marmolejo no hizo mal, por lo mismo, en tomar parte activa en la administración, y desempeñó por muchos años el empleo de Tesorero Municipal.

Hay que advertir que ya no se exigía el juramento de la Constitución.

No solamente se dedicaba á sus tareas oficiales, sino que en unión de varios amigos cultivaba la literatura, comenzaba con toda paciencia á recoger datos para las EFEMERIDES y levantó el plano de la ciudad de Guanajuato, cuya copia existe en la sala capitular de la misma ciudad.

No podemos callar que este plano no solamente fué el primer plano exacto, sino que hasta ahora es el único que reúne á la mayor exactitud, la mayor copia de detalles. El Señor Marmolejo recorrió durante más de diez años la ciudad toda, calle por calle, callejón por callejón, haciendo sus medidas, y sin dejar, personalmente, de rectificar ninguna.

Ojalá se litografiara tan notable obra, pues aunque se han hecho de entónces acá algunas modificaciones á Guanajuato, debe conservarse, no sólo como un monumento importantísimo, sino como un timbre de honor para la ciudad y para uno de sus hijos.

El plano original estaba en el elegante estudio del autor, quien le había formado un marco con vistas fotográficas de los mejores edificios de la ciudad, siendo notable entre ellos la quinta que el mismo Señor Marmolejo construyó y poseía en el poético paseo de la Presa de la Olla.

Así pasaba la vida agradable y útilmente ocupado, sin olvidar sin embargo el primer pensamiento que lo llamaba á la casa de Dios.

Llegó un día en que se decidió á romper todos los obstáculos que á su vocación se oponían, y á pensar muy seriamente en prepararse para recibir el Subdiaconado. Con este objeto entró á una *tanda* de ejercicios, bajo la dirección del Señor Arciga, hoy dignísimo Arzobispo de Michoacán.

En esos días hubo un acontecimiento que referirémos sin comentarios, sin querer dar explicaciones, sin inclinarnos á interpretación ninguna, contrayéndonos á referir sencilla-

mente los hechos, tales como fueron referidos en la época en que pasaron.

Una tarde se presentó un individuo en la casa de ejercicios de Rayas, solicitando hablar con uno de los *hermanos* y precisamente el *hermano* con quien pretendía hablar era el Señor Marmolejo.

¡Hacer una visita á un ejercitante! Caso inaudito en los anales de todas las casas de Retiro desde San Ignacio á la fecha.

El portero aturdido lo avisó al *colador*, y éste, escandalizado, después de entrar en conferencias con quien le daba tan estupenda noticia, no hallaba qué partido tomar. ¡Si la Emperatriz Doña Catalina, en un caso semejante, no quiso recibir á su hijo, á quien se creía muerto y que acababa de llegar á Madrid!

¡Sí el P. Alfonso Rodríguez se negó obstinadamente en hablar con unos parientes que iban de paso y no podían esperarse! ¿qué más? en tales circunstancias aquellos parientes solicitaron del superior que por obediencia obligara al Padre á que fuera á hablarles.

Accedió el Señor Rector y llamando al Venerable Rodríguez, le dijo:

—Vaya Ud, se lo mando ¡hable Ud. á sus parientes aunque sean dos palabras!

El P. Rodríguez bajó á la portería, y con los ojos bajos, y asomando la cabeza á la sala de recibir les dijo:

—*Deo gratias.*

Ya había cumplido ¡había dicho las *dos palabras* que le mandó el P. Rector!

Con tales y semejantes tradiciones en las casas de ejercicios, ya se supondrá la extrañeza, el aturdimiento y el escándalo del conserje y del celador, que no sabían por donde tomarla que no quemara, hasta que se resolvieron á dar parte al Señor Arciga, que era lo que debieran haber hecho desde el principio.

Avisado este Señor de las pretensiones del desconocido, dispuso que se lo comunicaran al Señor Marmolejo, á quien él dejaba en libertad para recibirlo.

Portero y celador no querían creer á sus propios oídos; pero les fué necesario obedecer.

El Señor Marmolejo se negó á recibir al importuno, y le envió á decir que dentro de pocos días, que terminaran los ejercicios, estaba á su disposición, y le mandó una tarjeta con las señas de su domicilio.

Pero el otro no se dió por vencido ¡bonito él para ceder tan pronto! y los recados iban y venían, llamando ya la atención de los demás ejercitantes.

Por fin, el Señor Marmolejo creyó menos mal recibir al obstinado visitante, proponiéndose despacharlo cuanto antes.

¿Pero dónde recibirlo? El desconocido decía traer un negocio urgente, grave y secreto. Ya se sabe que durante las *tandas* en cada aposento hay tres ó cuatro hermanos, y que la Capilla no está un instante sin gente: que oír hablar en los pasillos y corredores era un escándalo, y que la misma portería está continuamente llena de los deudos de los ejercitantes, que les mandan, por un pequeño postigo y por conducto de los celadores, ya la vela de cera, ya la ropa limpia, ya las disciplinas ó el libro olvidado; ya en fin, tantas cosas que especialmente las madres saben inventar durante los nueve días.

Pero hay un lugar que permanece solitario exceptuando en contados momentos ¡oh pensamiento salvador! tenemos libre el refectorio.

Al refectorio se dirigió el molestado ejercitante, dando orden de que allí fuera conducido el incógnito portador del grave secreto y urgente negocio.

Entró este por fin. El Señor Marmolejo no lo había visto en su vida. Hombre ya de edad y de barba negra y espesa, de mirada dominadora, de crespa cabellera, de finos modales y de vestido intachable, arreglado á la última moda. El que iba á ser su interlocutor notó desde luego, no sin extrañeza, que ni en su elegante calzado, ni menos en la ropa ni en el finísimo sombrero se veía la menor traza de polvo. ¿Cómo haber ido de Guanajuato á Rayas sin sufrir los inconvenientes del camino? Y sin embargo, tal como estaba, hubiera podido presentarse al baile que esa noche tenía lugar en la ciudad, sin herir en lo más mínimo la etiqueta.

Sus modales aristocráticos no se desmintieron un sólo momento desde que saludó hasta que el Señor Marmolejo se despidió de una manera algo brusca; y habló con elegancia, con elocuencia, como un hombre de mundo que al estudio y á la experiencia reúne el talento.

¿Qué dijo á su sorprendido interlocutor?

Comenzó de una manera insinuante á indicarle que no era conveniente que hiciera los ejercicios: después abordó la cuestión de frente hablándole del baile de esa noche y describiéndoselo de un modo capaz de cautivar la atención, de avivar la imaginación y de despertar el deseo, y concluyó haciendo ligeras y embozadas alusiones al fanatismo de los frailes.

El Señor Marmolejo le había replicado vivamente, había opuesto argumentos á argumentos, razones á razones y acabó por negarse con toda polftica, pero con firmeza á salirse de los ejercicios.

Entonces el desconocido varió de plan: se presentó como hombre riquísimo, y empeñado en sacar á aquel á quien hablaba de las garras del clero; sacó oro, le mostró billetes de banco, le ofreció libranzas al portador y le pintó los placeres del mundo con vivos y hermosos colores, usando de todos los artificios de la elocuencia más persuasiva.

El Señor Marmolejo cuando hablaba de esto con sus íntimos amigos, nos refería ingénuamente y con sencillez que durante esta conversación, ocultaba frecuentemente la mano derecha á la espalda para hacer la señal de la cruz.

El desconocido y el ejercitante miden de nuevo sus fuerzas, uno insiste, otro resiste, hasta que comenzando á tomar la conversación cierto tinte de violencia, se levantó éste diciendo:

—Si no tiene Ud. más que añadir, hemos concluído.

Y viendo que el otro volvía á sus razonamientos, se despidió de él, y desprendiéndose de la mano que pretendía detenerlo se salió del refectorio.

El no supo más, pero los celadores y el portero no vieron por donde se salió el desconocido.

Esa noche en la casa de ejercicios y al siguiente día en

todo Guanajuato, se decía que al Señor Marmolejo se le había aparecido el diablo.

Desde esa época comenzó el vencedor ejercitante á prepararse á los sublimes destinos á que se sentía llamado, y entró á la cátedra de Teología Moral que en el Colegio Católico dirigía el Señor Amézquita, hoy dignísimo Obispo de Tabasco.

Tres eran los alumnos, el Señor Marmolejo, el Señor Don Jesús Alcocer y el que esto escribe.

Pasaron todavía algunos años los cuales empleó en ilustrar su espíritu con la conciencia y su corazón con ejercicios de virtudes, y finalmente se trasladó á León y recibió las órdenes sagradas.

Volvió á Guanajuato ya de Presbítero, y desde luego llamó la atención como orador sagrado. Supo brillar en el mismo púlpito ocupado por los Arciga, por los Amézquita, por los Ginori, por los Antillón y por tantos otros que conservaban muy alta la fama del clero de Guanajuato.

No pasó mucho tiempo sin que ocupase el primer lugar en ese mismo clero, habiendo sido nombrado Cura interino, de cuyo honorífico puesto se apresuró á separarse, temeroso, en su humildad, de las terribles responsabilidades que trae consigo.

Encargado de la Iglesia del Loreto, que está inmediata al edificio que ocupan los protestantes con su templo, inauguró una serie de notabilísimas conferencias contra el protestantismo que produjeron ópimos frutos.

Tomó con decidido empeño la reedificación del grandioso Templo del Oratorio, y en gran parte contribuyeron sus esfuerzos á llevar á cabo el proyecto.

Llamado por el Ilmo. Señor Obispo Barón, trasladó su domicilio á la ciudad Episcopal y en aquellos días se aseguraba con insistencia, que sería nombrado para cubrir una vacante que había en el Coro.

No tuvo la ciudad de Guanajuato el gusto de que este su hijo llegara á la alta dignidad de Canónigo, y la muerte lo sorprendió, como hemos referido, pocos días antes de la elección.

Su cadáver fué trasladado á Guanajuato y fueron notables

las suntuosas honras fúnebres que se le hicieron en la Iglesia Matriz, y finalmente fué inhumado en la Hacienda de Cuevas.

Los periódicos han hablado del proyecto de levantar un monumento á este ilustre hijo de Guanajuato. ¡Ojalá cuanto antes pague la ciudad esta deuda de gratitud!

Dios le haya dado la gloria y Guanajuato no olvide á este buen hijo que le consagró su tiempo y su trabajo.

RAMÓN VALLE.

CONCLUSION.

Hemos llegado al término del difícil y prolongado camino que nos propusimos recorrer con el auxilio de Dios, y sólo nos resta bendecirlo como autor de todo bien y darle gracias por las prosperidades de que con mano liberal y generosa se ha dignado colmar á Guanajuato.

Si dirigimos una mirada comparativa entre el principio y el fin de nuestro libro, hallaremos los contrastes más satisfactorios que nos harán patentes los gigantescos pasos con que ha marchado esta ciudad por la senda del verdadero progreso: en vez de un grupo de salvajes incultos, encontraremos el magnífico aspecto de una sociedad esmeradamente civilizada: en lugar de una sierra espesa y despoblada, hallaremos una Capital con soberbios palacios, con suntuosos templos, con deliciosos paseos: á los supersticiosos adoradores de la rana, habrán sustituido los fervientes hijos de la Iglesia Católica, poseedores de la verdad, que tributarán al Señor un culto espléndido: si empezamos por hablar de chichimecas indómitos que vivían de la caza y que andaban desnudos, concluimos por describir la inauguración de un ferrocarril: y en fin, la pobre aldea de Quanaxhuato pasaba casi desapercibida para cuantos vivían fuera de ella, hoy los torrentes de plata que han producido sus minas, se han extendido por todos los países del mundo y han formado el objeto de su admiración.

En el siglo XIV el sitio que hoy ocupa la ciudad, era una selva formada con seculares encinos, poco menos que inac-

cesibles para los seres humanos, en donde reinaba un perpetuo silencio interrumpido sólo por el rugido de las fieras que habitaban en ella ó por el bramido de los huracanes; más para el hombre permanecía casi desconocida, habiendo cuando mucho merecido alguna mirada de los toltecas ó de los aztecas en sus peregrinaciones, ó alguna rápida visita de los salvajes chichimecas, cuando buscaban caza para alimentarse.

En el siglo XV los mismos chichimecas fijan allí sus ojos porque encuentran en una de las montañas un enorme peñasco que semejaba la figura de una rana, cuyo animal era uno de los númenes á quien ellos tributaban de preferencia sus supersticiosas adoraciones; y á pesar de ser nómades forman una pequeña aldea al derredor del peñasco, así como habían ya formado algunas otras. Los mexicanos y los tarascos intentan derrotarlos, pero si bien penetran violentamente hasta sus hogares, tienen luego que retroceder derrotados.

Llega el siglo XVI y con él viene la conquista de México por los españoles; los cuales sólo intentan avanzar sobre los chichimecas después de ocho años de haberse apoderado de la gran Tenochtitlán. Llegan á Quanaxhuato mandados por el célebre Nuño de Guzmán y como sus habitantes no tienen fuerza suficiente para resistirlos, los reciben de paz; pero abandonan sus hogares, sin dejar ni aún vestigio de sus antiguas chozas, y se retiran hácia la Sierra Gorda donde juntamente con los demás de su tribu hacen á los españoles una guerra sin tregua durante 70 años, sometiéndose al fin no tanto por la fuerza de las armas, cuanto por la predicación de los misioneros. Celebran un tratado de paz con el gobierno español, y para memoria de tal suceso se funda una población que se llamó San Luis, en honor del Virrey Don Luis de Velazco, que gobernaba entonces la Nueva España, agregándosele la denominación de la Paz.

Había, pues, desaparecido la aldea de Quanaxhuato, pero no para siempre: 19 años después de la conquista por Nuño de Guzmán, ella renace de sus propias cenizas y se levanta lozana y vigorosa. Unos aventureros descubren los veneros de plata que encierran sus montañas, y el cebo de la riqueza

atrae en torno numerosos pobladores; el mismo gobierno virreinal imparte protección á los explotadores; y se establecen cuatro Reales ó campamentos para difundir la naciente población; uno en el cerro del Cuarto, otro en Tepetetlapan, otro en Marfil y otro en Santa Ana; y aún el monarca español, al saber el descubrimiento de las riquísimas minas de Guanajuato, manda para patrona del nuevo mineral la prodigiosa Imagen de María que por ocho siglos estuvo oculta en Santa Fé de Granada, por cuya razón el nuevo mineral recibió también el nombre de Santa Fé.

Los chichimecas trataron de incendiarlo más de una vez, apareciendo por el puerto donde antes estuvieron sus habitaciones, por cuya razón el cerro allí situado se denomina hasta hoy «Cerro del Meco;» pero sin embargo, el Real de Santa Fé progresó en gran manera, se estableció en él una alcaldía mayor, cuya jurisdicción comprendía las congregaciones de Irapuato y de Silao, se fundaron los Curatos del centro, de Santa Ana y de Marfil, se fabricaron varias capillas, las minas producían frutos considerables, el caserío se extendió notablemente, y llegó la población á 4,000 habitantes.

Esta era la situación de Guanajuato al dar principio el siglo XVII. Durante todo éste, continuó progresando notablemente, aunque no con la rapidez que en los siguientes, y el Rey, en atención á estos progresos, le concede el título de noble y leal Villa de Santa Fé, Real y Minas de Guanajuato, con un escudo de armas que la ennobleciera, las minas progresan en gran manera, singularmente Rayas, Mellado, Cata y Sirena, y la Villa se extendió por las calles de Sopena y San Pedro, puntos que antes habían permanecido despoblados: se fundó el primer monasterio que hubo en la población, que fué el de franciscanos descalzos, ó sea San Diego, se levantó el magnífico Templo Parroquial, y se construyeron otros varios edificios de importancia, ascendiendo los habitantes de la Villa al número de 16,000.

Pero cuando llegó Guanajuato á un grado sorprendente de riqueza y de prosperidad, fué en el transcurso del siglo XVIII. Desde los primeros años hallamos descripciones de fiestas verdaderamente magníficas celebradas en la ciudad,

que bien demuestran los avances de su ilustración los religiosos belemitas, los jesuitas, los franciscanos observantes, los mercedarios y los filipenses, fundan casas de sus respectivas órdenes, siendo la de los jesuitas singularmente magnífica y la festividad de la dedicación del soberbio templo tan espléndida, que llamó la atención de toda la Nueva España; el caserío se extiende en todas direcciones, se construyen elegantes y nuevos edificios, y se dedican otros varios templos á más de los mencionados: se fabrican las presas de la Olla y de los Pozuelos, que surten á la población de agua potable; se concede á la Villa por el Rey Felipe V, el título de muy noble y muy leal Ciudad, y en seguida se sublima á la categoría de Capital de la Provincia; se hacen rebajes y atierres, se construyen puentes y se ejecutan otras obras costosas y difíciles para darle amplitud y comodidad; la autoridad diocesana dispone que la Parroquia del Centro sea gobernada por tres Curas para que puedan atender convenientemente á sus numerosísimos feligreses: muchas minas dan productos de tanta cuantía, que asombran á la Europa y entre ellas aparece Valenciana, descubierta á mediados del siglo, cuya riqueza sobrepujó á la de todas las explotadas en el mundo: se plantean escuelas de primeras letras y se erige el célebre Colegio de la Purísima Concepción, que comenzó desde entonces á producir sabios entre sus alumnos: todo, en fin, era riqueza y todo prosperidad, habiendo llegado á subir la población hasta la elevada cifra de 100,000 almas.

En tal estado de grandeza encontró á Guanajuato el siglo XIX, llamando la atención de los más ilustres viajeros, como del Barón de Humboldt que le prodiga en sus obras tan honoríficos como justos elogios y aún continuó progresando en el primer decenio, durante el cual se construyó el soberbio edificio de Granaditas, se introdujo la vacuna como preservativo contra las viruelas, en vez de la inoculación; el Colegio de la Purísima tomó gran incremento, se mandaron al Rey cuantiosísimos donativos, que demostraban la opulencia de la ciudad, y se celebraron fiestas espléndidas como la jura de Fernando VII y la recepción del Virrey Iturrigaray.

Más estaba dispuesto que espesas sombras vinieran á eclipsar todo este brillo, y que Guanajuato apurara irremediable-

mente un cáliz muy amargo, si bien para volver más tarde á lucir como el sol cuando ha pasado la tempestad.

Como un presagio de su próxima ruina, tuvo lugar en 1808 la destrucción de la soberbia basílica de la Compañía; y en 1810 resuena en las montañas por la vez primera el solemne grito que proclama la Independencia de la Patria. Este grito fué el principio de una fiera lucha de once años: las huésteres insurgentes ocupan esta Capital después de una señalada victoria; pero siguen á ésta el robo y el pillaje en espantosas proporciones: vienen luego los ejércitos reales ansiosos de venganza, y entran á la ciudad á sangre y fuego, amenazando no dejar en ella piedra sobre piedra; tales escenas se repiten una y otra vez, los capitales desaparecen, el comercio concluye, las familias acomodadas emigran, el trabajo de las minas se paraliza, y sólo queda, por decirlo así, el cadáver de la opulenta Guanajuato, habiéndose reducido á 6,000 habitantes los 100,000 con que antes se enorgullecía.

Pero luce por fin la aurora de la Independencia, se rompen para siempre los lazos de vasallaje que por tres largos siglos nos ligaron con España; y Guanajuato comienza poco á poco á levantarse de su honda postración, á pesar de las discordias intestinas que no han cesado desde entonces de desgarrar el seno de la Patria.

El Colegio de la Purísima Concepción se levanta bajo un pie más brillante que en sus épocas anteriores; se construye el camino de Marfil, para dar á ésta Capital cómoda entrada; se establece la Casa de Moneda de donde iban á salir centenares de millones de pesos á la circulación; se fundan las escuelas lancasterianas y se plantea la importantísima mejora del alumbrado público.

Peró estando para llegar á la mitad del siglo, cuando aparecieron las prodigiosas bonanzas de las minas de La Luz, de Santa Lucía, de Señor San José y otras varias, fué cuando Guanajuato emprendió de nuevo su marcha, rápida y magestuosamente por la senda de la ilustración y de la prosperidad.

En el Colegio del Estado llegó á sobrepajar bajo varios conceptos á todos los del país, se fundaron escuelas de artes y oficios, casas de beneficencia y otros muchos estableci-

mientos de instrucción y de caridad, tanto por la Iglesia como por el Estado, mejorándose á la vez los que ya existían; las Hermanas de la Caridad se hicieron cargo del Hospital de Belén y del Hospicio de la Presa de la Olla, y debieron también recibir la casa de arrepentidas del Santuario de Guadalupe; se decoraron soberbiamente varios templos y se edificaron otros enteramente nuevos, emprendiéndose también la reconstrucción del magnífico templo de la Compañía. Se plantaron jardines y paseos formándose desde sus principios la bella alameda del Cantador y haciéndose al de la Presa sucesivas é importantísimas mejoras, aún á costa de difíciles obras y de cuantiosos gastos, é improvisándose allí el más hermoso y pintoresco de los barrios de la Capital; al incómodo camino del Cerro trozado se substituyó la excelente Calzada de la cañada de Marfil, y se formaron otras semejantes en los ríos de Pastita, de la Cata y de San Matías; se construyeron en considerable número soberbios edificios enteramente nuevos, públicos y particulares; se introdujo á la ciudad el agua potable por medio de excelentes cañerías; se construyó el magnífico Panteón, que con tanta urgencia reclamaban las vecindades de la población; se formaron amplias y magníficas plazas; se suavizaron las cuestas, se construyeron puentes, se ensancharon las calles, se comenzó la obra del gran Teatro, que sobrepujará, concluido, á todo lo magnífico que tiene la ciudad; se empezaron los trabajos de la vía férrea, que nos une con la vecina República del Norte, y se emprendieron en fin y se llevaron á cabo tantas obras de todo género y se avanzó en todos sentidos á tan gran altura, que aún concretándose á lo más notable, sería muy difícil dar de todo ello una cabal idea.

Este cuadro brillante no ha carecido sin embargo de sombras: las revoluciones con su mano asoladora han tocado repetidas veces esta Capital, y el estallido del cañón ha sido repercutido por el eco de sus montañas; los trastornos consiguientes han hecho que vacilen las mejores fortunas. La guerra denominada de la Reforma, ha hecho sentir aquí como en todas partes sus perniciosos efectos: los monasterios han sido destruídos, las Hermanas de la Caridad arrojadas de sus casas, las doctrinas más disolventes difundidas, la

desmoralización fomentada y la unidad religiosa enteramente rota con la introducción del protestantismo.

Pero con todo esto, Guanajuato con su riqueza, con su ilustración y con su piedad, se ha mantenido en pié, firme como la roca en medio de los mares. Si las guerras le han arrebatado parte de sus tesoros, ella ha sabido fomentarlos por otra parte y con ellos embellecerse y engrandecerse: si la revolución ha ocasionado trastornos infinitos para que vinieran por tierra los establecimientos de instrucción y de beneficencia, ella, vencedora de todos los obstáculos, no tan sólo conserva los que antes existían, sino que erige otros y otros, que lucirán sin duda cual focos brillantísimos de luz; si la impiedad, en fin, despoja á la Santa Iglesia, blasfema de la verdad, difunde las más perversas doctrinas é implanta entre nosotros religiones extrañas y advenedizas; la fé de los fieles se conforta en medio de esas las contradicciones, el culto brilla con mayor esplendor, los santos Sacramentos son más frecuentados, la religión progresa asombrosamente entre la befa, el desprecio y la persecución, cual progresaba en otro tiempo regada con la sangre de los mártires. Guanajuato, en fin, bajo todos conceptos mejora, avanza, se embellece, se ilustra y guarda intacto el depósito de la augusta Religión que le legaron sus padres. ¡Que Dios la sostenga y la dirija siempre por el mejor camino!

LUCIO MARMOLEJO.

FIN DEL TOMO IV.